

te embajador consiguió persuadir á los gefes, ni hacer en sus ánimos la mas leve impresion. Sin embargo, muchos particulares se animaron de los mismos sentimientos del enviado, y se entraron en los campos de los romanos con disimulo y secreto, siendo recibidos con toda humanidad. Redoblaron su cruel vigilancia los dos tiranos Juan de Giscala y Simon de Giora, haciendo pasar á cuchillo á cualquiera que se arrimara á las puertas de la ciudad sin orden suya, y se servian tambien de este pretexto para calificar de traidores á cuantos habian incurrido en su desgracia.

Entretanto el hambre se iba haciendo insoportable; ni en los mercados ni en sitio alguno se encontraban ya viveres. Los sediciosos, que abandonando á los demas habitantes á la miseria solo de sí mismos tenian cuidado, allanaban los edificios para saquearlos, y atormentaban con crueldad á cuantos conservaban algunos viveres y no los manifestaban. Por el semblante y por la robustez calculaban quiénes estaban bien mantenidos, y los entregaban á la tortura. Pero la miseria fué en breve tan estremada que muchos trocaron su patrimonio por una medida de cebada, y encerrándose despues en lo mas oculto de sus casas hacian pan á la ligera, ó comian el grano crudo esperando á la muerte que ya no podian evitar. Devoraba la carne sin detenerse en cocerla el que conseguia un pedazo de ella, y los de una misma familia se arrebataban los bocados unos á otros, sin perdonar el marido á la esposa, ni la madre á su hijo que espiraba entre sus brazos. De suerte, que la fuerza decidia del derecho, porque el peligro y la necesidad habian borrado todos los sentimientos y todos los afectos naturales.

Nada se podia retraer por mucho tiempo de la vista de los sediciosos. Al ver una puerta cerrada la echaban á bajo, asian de

los cabellos á las mugeres que conservaban algun pan, arrastraban por el suelo á los niños que tenian un bocado en la mano, ó los acoceaban, ó estrellaban contra la pared para obligarles á soltarlo. A los mas infelices les robaban algunas malas yerbas que iban á coger de noche fuera de la ciudad con peligro de su vida; porque Tito hacia prender á los que salian á buscar comestibles, y como casi siempre eran perseguidos por los emisarios de los tiranos, estos les precisaban á pelear antes de rendirse.

Los sitiadores, para aterrar á los rebeldes, crucificaban sin piedad á todos aquellos que cogian con las armas en la mano; y hubo dia en que sacrificaron así quinientos, de modo que ya no encontraban cruces ni sitios donde colocarlas (1). Así esta nacion deicida halló un castigo análogo al crimen que fué la causa primera de sus calamidades. Los soldados idólatras injuriaban tambien de todos los modos posibles á estos infelices al tiempo de darles muerte, repitiendo los ultrajes y crueldades que estos emplearon con Jesucristo. Estos cadáveres los esponian á la vista de sus parientes y amigos, que desde lo alto de las murallas daban gritos de rabia y desesperacion. Enviaban tambien á la ciudad á algunos de estos desventurados cautivos despues de haberles cortado las manos, la nariz y las orejas, y haberlos desfigurado del modo mas horroroso, sin que tanta crueldad fuese poderosa á triunfar de su pertinacia.

Vióse el general Tito en la precision de valerse de todos los ardides y máquinas que se usaban en los sitios, é hizo levantar cuatro terraplenes ó plataformas para atacar la ciudadela. A los diez y siete dias de comenzada esta obra llegó al campo el hijo del rey de Comagena con un refuerzo de tropas.

(1) Jos. de Bello jud. lib. 7, c. 12.

El ilustre jóven vituperó la lentitud de los romanos y corrió con precipitacion al asalto, mas quedó vencido todo su ejército salvándose casi él solo. Concluidas las plataformas se colocaron en ellas las máquinas, y al tiempo de prepararse los romanos para batir el muro, fué su asombro extraordinario al ver deshechas en un instante y abrasadas dos de aquellas obras inmensas. Habialas hecho minar por debajo de los muros de la ciudad Juan de Giscala, por medio de un trabajo prodigioso y enteramente incomprendible en aquel tiempo, y poniendo fuego á los maderos en que se apoyaban quedaron estos reducidos á ceniza. Hicieron los sitiados al mismo tiempo una salida que acabó de sorprender y desconcertar á los romanos. Los judíos arruinaron los otros dos terraplenes, quemaron las máquinas, y rechazaron al enemigo hasta su campamento. Hubiera costado infinito trabajo reparar estas obras, y el soldado llegaba ya á dudar; por lo cual determinó Tito circunvalar á los judíos lo restante de la ciudad con un nuevo muro de dos leguas de circuito; así verificó sin saberlo la prediccion del Salvador con todas sus circunstancias.

Desde entonces fué el hambre tan espantosa que sacrificaba á la vez familias enteras por las calles y por las plazas. Veíanse en ellas hombres hinchados y desfigurados que parecían fantasmas, que se arrastraban con gran fatiga y que de repente caian muertos. Estaban llenas de cadáveres las calles y las casas; en un principio se trató de darles sepultura, y entonces por una sola puerta de la ciudad sacaron, en el espacio de dos meses y medio, mas de ciento y quince mil cadáveres solo de pobres; pues se llevaba cuenta de ellos para pagar á los conductores; pero despues faltaron ya las fuerzas y el valor para enterrar á ninguno. No tardó en inficionarse

el aire, y de tal suerte que llevando el viento la infeccion hasta el campamento de Tito, levantó este los ojos al cielo vertiendo lágrimas y puso á Dios por testigo de que aquel rebelde pueblo á nadie sino á sí mismo debia atribuir el esceso de sus calamidades. No derramaban ya lágrimas estos miserables ni proferian quejas, solamente se notó en ellos un decaimiento estúpido, reinando en toda la ciudad el mas lúgubre silencio.

Insensibles á estas desgracias los sediciosos que las habian causado, recorrían las casas despojando los cadáveres, y salían de ellas con grande algazara, y en los infelices que acababan de espirar ó que todavia no habian exhalado el último aliento probaban sus espadas y dardos. Como el enemigo estuvo algun tiempo sin estrecharlos demasiado con el fin de que se sometiesen voluntariamente, les dió ocasion para creer que los romanos los temian, y llegaron á lisonjearse con la esperanza de una próxima victoria. Para seducir á la plebe hacían los caudillos de las facciones que algunos falsos profetas se apostasen por las calles, aunque eran muy pocos los judíos que les daban crédito. Al contrario, los que conseguían escaparse se refugiaban al campo romano, donde encontraban abundante sustento, y algunos perdían la vida por escederse en la comida que no podían digerir sus estómagos despues de tanta necesidad.

Muchos de estos fugitivos temiendo que los robasen, se tragaron al tiempo de su salida algunas piezas de oro que les quedaban. Algunos soldados árabes y sirios que componían parte del ejército romano les vieron buscar este oro entre sus excrementos, y divulgaron luego por todo el campo que los judíos que salían de Jerusalem tenían las entrañas llenas de oro. Esto escitó de tal suerte la codicia de los soldados, que iban á esperarlos al paso para



abrirles el vientre. En una sola noche perecieron de este modo dos mil; y por mas que Tito publicó terribles penas contra esta atrocidad, no por esto dejó de proseguirse aunque mas en secreto.

Era preciso usar de disimulo con un ejército en que habia muchos extranjeros y que cansados ya del sitio comenzaban á sublevarse. El general, para evitar que el descontento pasase adelante, no halló otro partido que el de violentar sus propias inclinaciones bondadosas y atacar de nuevo la plaza á viva fuerza. Casi todo el mes de junio se consumió en preparar nuevas máquinas y nuevas plataformas. La empresa ofrecia dificultades insuperables, porque era preciso traer la madera de cuatro leguas de distancia y recogerla demoliendo los edificios que habia en los campos separados unos de otros. No obstante, sin omitir las precauciones que la esperiencia aconsejaba, se llevó á cabo la obra. Ya estaban casi concluidas las máquinas, cuando los rebeldes salieron de nuevo á destruirlas; pero los sitiadores las defendieron con un valor proporcionado al trabajo que les habian costado, y el éxito correspondió á su constancia. Desde la mañana siguiente comenzaron á usar del ariete y de la zapa, y conmovido el muro se vino abajo durante la noche. Entraron por las brechas situándose de modo que no pudiesen ser desalojados, y se apoderaron de toda la parte inferior de la ciudad.

Entretanto, era ya tan general el hambre, que hasta los mismos sediciosos empezaron á sentirla. Corrian como lobos hambrientos á la menor apariencia de comida, y entraban con violencia en las casas. Al fin, careciendo ya de todo, se comieron las correas de sus cinturones y de sus escudos, y despues los espinos y ortigas; era un bocado exquisito el heno viejo que se recogia, y unas pocas pajas de él llegaron á venderse

en cuatro draemas, que equivalen á mas de seis reales de nuestra moneda.

Una muger, llamada Maria, hija de Eleázaro, de ilustre prosapia y distinguida posicion, habia venido desde la otra parte del Jordan á celebrar la Pascua en la Ciudad Santa, donde se halló inopinadamente encerrada con la multitud (1). Robáronla en breve los sediciosos cuanto tenia sin dejarla cosa alguna para sustentarse ella y un niño de pechos que criaba. Reducida á tal estado los llenó de improperios procurando incitarlos á que la despojasen de la vida; pero no pudo lograrlo, y retirándose con el niño, fijó los ojos en el inocente hijo que lamia sus pechos del todo secos, y le dijo: «infeliz, ¿para qué te he de conservar yo? ¿para sufrir mil horrores antes de morir, ó cuando mejor sea tu suerte, para padecer una indigna esclavitud?» Dicho esto le degolló, le asó, y comiéndose la mitad, guardó la otra. El olor atrajo bien pronto á los facciosos, y poniéndole la punta de la espada al pecho la pidieron lo que habia ocultado. «Ya os guardé, les dijo, una buena parte; vedla aqui, comed.» Quedaron horrorizados é inmóviles á vista de aquel espectáculo. «Este es mi hijo, prosiguió ella; yo le he tratado así, y ya que he comido de él yo misma, bien podeis hacerlo vosotros.» El asombro les obligó á retirarse, llegando la noticia de este atentado tan atroz hasta el campo de los romanos, que apenas podian resolverse á creerla.

La compasion de Tito subió de punto con esta relacion, pero su ejército resolvió acabar con una nacion que engendraba semejantes monstruos. Tuvieron noticia de estos horrores los cristianos retirados en Pella, y reconocieron con un religio-

(1) Josefo, de bello judaico, lib. 7, cap. 7.

so asombro el cumplimiento literal de la suerte que el Redentor predijo á las mugeres de Sion, cuando iba al Calvario: *Vendrá dia, en que las estériles y las que no hayan criado hijos se tendrán por felices* (1).

Todavía los judíos eran dueños del templo y de la ciudad alta que formaba una segunda plaza con su ciudadela. Aprovecháronse los romanos de la consternacion que causó de repente en todas las facciones la cesacion del sacrificio perpétuo, para arrojarlos de aquellos puntos. Advirtió este pueblo maldito con espanto en el dia 10 de julio la imposibilidad de sacrificar segun la ley, porque ya no se hallaba sacerdote ni sacrificador en ninguno de los partidos. Pero verificando de un modo aún mas fatal lo que habia anunciado el Profeta, de que sus ojos serian inaccesibles á la luz, viendo cumplida la profecia que mejor mostraba su reprobacion, no reconocieron en ella su misma reprobacion. Cególes la confianza que tenian en la solidez y extraordinaria altura de los muros del templo y en sus obras adyacentes, tan fuertes como soberbias, que el viejo Herodes habia mandado edificar. Eran estos edificios de inmensa grandeza, y desde la torre Antoniana corrian hasta el lugar santo unas magnificas galerías. Y así sucedió, que los sitiadores no pudieron escalar los muros ni batirlos con el ariete.

Por esto Tito se vió obligado el dia 8 de agosto á poner fuego á las puertas del segundo recinto del templo, y las llamas se apoderaron de las galerías, que estuvieron ardiendo el resto del dia y toda la siguiente noche. Las legiones querian reducirlo todo á pavesas, y el general y sus principales oficiales no podian resolverse á destruir este monumento único por su hermo-

sura, y que era el objeto de la veneracion y asombro del universo. Mandó, pues, dar el asalto, marchando él delante de todos, y los soldados subian por las escalas con mucha confianza al ver que nadie se presentaba á defender los muros; mas apenas los legionarios enarbolaron algunas de sus águilas en las almenas, cuando fueron acometidos con una furia que hasta entonces no tenia ejemplo; todo el valor romano no pudo resistirla, y los judíos precipitaron á los sitiadores desde lo alto de los muros despues de cogerles sus banderas que llevaron en triunfo.

Entonces, un soldado romano, fuera de sí y por impulso que Josefo llama divino ó sobrenatural (1), tomó un tizon del fuego que ardia en el recinto exterior, cuyo fuego procuraba extinguir el príncipe, y encaramándose encima de uno de sus camaradas lo arrojó por una ventana de los edificios contiguos al templo por la parte septentrional. El fuego prendió á un tiempo mismo en muchos parages con una rapidez que creyeron sobrenatural hasta los mismos idólatras. Al ver los judíos ardiendo el lugar santo quedaron inmóviles como estatuas. El príncipe acudió presuroso á apagar el incendio; parecia que deseaba tanto la conservacion del templo como la victoria sobre los rebeldes; mas no consiguió hacerse obedecer, porque los soldados aumentaban el desorden para robar á sus anchas. Estaban cubiertas de planchas de oro las paredes exteriores del templo, y por ellas inferian las riquezas que habria dentro. Sin embargo, Tito se abrió paso por en medio de los romanos y extranjeros, y vió con efecto en lo interior del lugar santo una prodigiosa multitud de alhajas inestimables que escedia en mucho á todo lo que la fama habia anunciado.

(1) S. Luc. 23. Josefo, de bello judaico, lib. 7, cap. 10.



Emperó mientras apagaba el incendio en una parte, prendia el fuego en otra con mas actividad; y este tan famoso templo, el mas hermoso, mas grande y mas rico del universo, en cumplimiento de los decretos del Todopoderoso y á pesar de los esfuerzos de los vencidos y del vencedor quedó reducido á cenizas en el mismo dia y mes en que el primer templo edificado por Salomon fué quemado por Nabucodonosor, esto es, en el dia 10 del mes judaico que corresponde á nuestro mes de agosto, del año 70 de Jesucristo.

Los dos gefes de los sediciosos, Juan de Giscala y Simon de Giora, aprovechándose de la confusion producida por el incendio, se abrieron paso con espada en la mano, y seguidos de alguna gente se retiraron á la ciudad alta. Fueron degollados todos los demas que quedaron en el templo, sin distincion de clase, de edad ni de sexo; y el monton de cadáveres que quedaron al rededor del altar subia al nivel de este. El suelo inundado de sangre y cubierto de cuerpos destrozados no se descubria por parte alguna. Perecieron tambien allí seis mil personas entre hombres, mugeres y niños, que el dia antes tuvieron la fanática imprudencia de seguir desde la ciudad inferior á un falso profeta que les anunciaba una cercana victoria.

La alta ciudad estaba situada en el escarpado monte de Sion. Lo ventajoso de esta posición inspiraba una nueva confianza al resto de los rebeldes; y habiéndoles intimado Tito que si se rendian á discrecion salvarian la vida, exigieron que se les permitiera retirarse al desierto con sus mugeres é hijos, pero no habiéndoseles concedido continuaron su defensa. Irritado el romano por la necesidad en que se veía de comenzar un nuevo asedio, hizo abrasar toda la ciudad inferior y construir nuevos terraplenes contra la alta, en cuyas

obras trabajó el ejército desde el dia 20 de agosto hasta el 7 de setiembre en que hizo jugar las máquinas. Todo fué forzado en breve, y á la mañana siguiente entraron los sitiadores por la brecha, llevándolo todo á sangre y fuego. Tito acabó de destruir lo que perdonaron las llamas, sin dejar piedra sobre piedra en aquel lugar de maldicion, y despues mandó pasar por él el arado, ceremonia en que daban á entender los antiguos la total ruina de una ciudad. Solo quedaron en pié algunas torres y parte de los muros occidentales, para que sirviesen de un monumento espantoso á la posteridad. A pesar de los estragos del incendio, el botin fué tan grande que el oro perdió la mitad de su valor en las provincias vecinas.

Mas de dos mil cadáveres de personas muertas de miseria ó que se degollaron unas á otras por no sujetarse á los vencedores se hallaron en las cloacas subterráneas. Habíanse tambien retirado á ellas los tiranos Juan y Simon; pero el hambre obligó á Juan á que viniese á pedir cuartel. Concediósele la vida; pero despues que hubo servido para el triunfo, se le encerró en una prision por toda su vida. Simon, que habia recogido algunos víveres, permaneció oculto en su cueva hasta fin de octubre: entonces salió de ella y fué al campamento á presentarse vestido magníficamente de púrpura y lino de Egipto. Admirados los centinelas le preguntaron con respeto ¿quién era? Respondió con grande altivez, que era Simon. Prendiéronle y pocos dias despues fué trasladado á Roma para servir como Juan en el triunfo de su vencedor: luego pereció á manos del verdugo por su obstinacion y por haber sido cabeza principal del tumulto.

Imposible es señalar con exactitud el número de israelitas que murieron en esta guerra, la mas funesta y cruel que jamás sufrió nacion alguna. Josefo dice que du-

rante el sitio perecieron un millon y cien mil personas (1), y añadiendo los que perecieron al mismo tiempo ó poco antes en las demas ciudades de Palestina, ascienden los muertos á un millon trescientos treinta y siete mil, sin los que no pudieron contarse. Hubo tambien noventa y siete mil reducidos á la esclavitud, pero apenas habia quien los comprase. Rehusó Tito las coronas que las naciones inmediatas le presentaron (2), segun costumbre, al tiempo de darle la enhorabuena por su victoria, y publicó ante todo el mundo que no era esta obra suya, y que solo habia sido instrumento de la venganza divina contra aquel pueblo impio.

Tito pasó el invierno en las cercanias para apagar hasta la última chispa de una rebelion tan funesta, y no abandonó la Siria hasta la primavera inmediata para ir á embarcarse en Egipto. Entonces, pasando por las ruinas de Jerusalem, no pudo contener las lágrimas viendo la destruccion de una ciudad antes tan floreciente, y maldijo muchas veces á los autores de la rebelion que le habian obligado á tratarla con tanto rigor.

A su llegada á Italia, salió el emperador su padre á recibirle bastante lejos de Roma, donde los dos entraron en triunfo con una pompa proporcionada á la importancia y á las dificultades de la espedicion de que era objeto.

Fué enviado Lucilio Baso con nuevas tropas á fin de concluir enteramente la reduccion de la Judea. Estas se apoderaron del castillo de Herodion y despues del de Maquerunte que estaba muy fortificado; y á los dos años de la ruina de Jerusalem, en el 72 de Jesucristo, mandó el emperador

Vespasiano vender todas las tierras de los judíos. En el año 75, Publio Silva, que sucedió á Baso, muerto en su gobierno, sitió la fortaleza de Masada, que era tenuta por inconquistable y estaba todavia ocupada por algunos sicarios. Estos se vieron en breve imposibilitados de defenderse á pesar de su furor desesperado y de las fuerzas de la plaza; y cuando ya no les quedaba ningun recurso resolvieron pasar á cuchillo á sus mugeres é hijos, y despues diéronse muerte unos á otros; y teniendo todos por gran fortuna el morir primero, fué preciso que echasen suertes para ver quien habia de sobrevivir á los demas. El último que quedó, despues de asegurarse de que todos habian perecido, puso fuego al castillo donde se habia representado esta sangrienta escena, y se atravesó el pecho con un puñal. Á la mañana siguiente entraron los sitiadores en la plaza, que ya no era mas que un vasto sepulcro; y esta victoria los puso en pacífica posesion de toda la Judea.

Muchos de los asesinos hallaron medio de escaparse y pasaron á Egipto, donde procuraron escitar nuevos tumultos é inspirar el horror que ellos profesaban al nombre romano; pero todos fueron presos y se les castigó con diversos suplicios, sin que su loca obstinacion se ablandase con género alguno de tormentos; no se pudo conseguir que uno solo, ni aun de sus hijuelos, reconociesen al emperador por soberano. El joven Agripa, así llamado para distinguirlo del primer Herodes Agripa, y que desde el principio de la rebelion se declaró por el partido de los romanos, fué indemnizado de la pérdida que le causaba la ruina de una ciudad tan importante como la capital de la Judea. Varias posesiones vecinas pasaron á poder de este hermano de Pirenice, con toda la generosidad propia de una retribucion concedida en favor de una muger, que con sus atractivos habia hechizado el cora-

(1) Josefo, de bello judaico, lib. 7, cap. 7.

(2) Filostrato, lib. 6, cap. 14.